

6-357
6-358

niños recogidos en las salas de asilo; estudiarán las disposiciones de los asilos, y auxiliarán a las Directoras en el plan de educación trazado por el reglamento y los programas.

Art. 278. Las salas de asilo serán visitadas por lo menos dos veces al día. Las visitas tendrán lugar a distintas horas, a fin de que la Inspectora pueda ser testigo de los ejercicios y de las recreaciones.

Art. 279. Las Inspectoras en sus visitas diarias prestarán especial atención:

- 1.º A los cuidados que exija la salud de los alumnos y a los socorros que deben distribuirse a los niños pobres del asilo;
- 2.º A la práctica de los métodos y de los ejercicios adoptados; y
- 3.º A la vigilancia y disciplina que deben observar las Directoras y las mujeres de servicio.

Art. 280. En la puerta de cada asilo se colocará una alcancía cuya llave guardará la Inspectora. Las sumas depuestas en esta alcancía, como todos los demás fondos que fueren dados especialmente para el asilo, serán administrados en provecho del establecimiento. El dinero será empleado en suministrar vestidos ó medicinas a los niños pobres, enfermos ó convalescientes que frecuenten el asilo. Podrá también ser aplicado a los gastos menues que se juzguen necesarios.

La indicación del empleo de esos fondos hará parte del informe mensual que los Inspectores darán al Agente municipal.

CONOCIMIENTOS ÚTILES PARA LOS NIÑOS.

[TRADUCCIÓN DE JOSÉ DELgado].

COSTUMBRAS DE LAS FLORES.

Las flores, así como las gentes, tienen costumbres y modos de obrar. Por ejemplo: todas las flores se vuelven naturalmente hacia la luz, como si la buscasen. El hecho se puede observar en las que están colocadas cerca de una ventana: si los floreros permanecen siempre en la misma posición, las flores darán siempre el frente a la luz; pero si aquellos giran un poco cada día, los botones, a medida que van abriéndose, irán dando vuelta hasta colocarse frente a la luz.

Hay algunas flores que se cierran por la noche como para dormir y se abren de nuevo por la mañana. Tal sucede con el tulipán. Yo estuve una mañana admirando algunas flores que me habían sido regaladas la noche anterior y tuve ocasión de ver entre ellas un tulipán que, a medida que se abría, iba dejando salir de su interior una abeja.

Perezoso y haragán debió de ser el insecto para dejarse coger así entre los pétalos de la flor. O quién sabe si, cansado de larga tarea en la producción de miel, se quedó dormido dentro de ella. Como quiera que sea, mucho tiempo debió permanecer dentro de la flor, para dejarse aprisionar por ella durante la noche.

La margarita es otra de las flores que se cierran por la noche; pero ella es tan hermosa y brillante como siempre cuando despierta por la mañana sobre su delgado tallo. Al cerrarse forma un pequeño globo verde semejante a veces a un guisante que apenas se distingue del verde follaje en que se reclina. Pero mirada a la siguiente mañana: el globo se abre ostentando, como dice el poeta, "un penacho de oro dentro de una corona de plata." Muy

agradable es a la verdad ver relucir a los rayos del sol un verde prado esmaltado de margaritas.

La dorada flor llamada *diente de lón* se cierra todas las noches y se pliega tan estrechamente dentro de su cubierta verde, que más bien parece un botón que nunca se hubiera abierto. En los países muy cálidos, esta flor se cierra aún durante el día, como para precaverse de los rayos del sol y no marchitarse.

Algunas flores doblan la cabeza por la noche, como para dormir, y la levantan por la mañana para saludar la luz, y otras tienen horas especiales para abrirse. La espléndida flor llamada *bella de noche* se abre una sola vez, deja ver su belleza por unas pocas horas y se marchita y muere. Es una flor tan rara que no permite que le llegue la luz del día pues se abre entrada ya la noche y muere antes del alba. Para verla es menester observar con cuidado las pocas horas que permanece abierta.

Hay flores en todas las estaciones. Las de la primavera son pequeñas y delicadas; las del estío se producen en abundancia y en rara profusión de colores y formas, y son tan fragantes, que llenan la atmósfera con su aroma; las del otoño, poco abundantes, son de colores vistosos y brillantes; pero carecen de fragancia; y las del invierno son grandes; pero delicadas, pálidas ó inodoras.

Demos gracias á Aquel que viste de magníficas cosas los campos y los jardines, para que deleitemos la vista en todo tiempo!

BULFINCH.

357

EL CARACTER 358

POR SAMUEL SMILES.

(Traducción de Venancio G. Manrique).

Los placeres de la memoria, por grandes que sean, no son nada comparados con los de la esperanza; porque la esperanza es la madre de todos los esfuerzos y de todas las aspiraciones, y cada día divino recibe perpetuamente el soplo de la esperanza. Puede decirse que ella es la palanca moral que hace mover el mundo y lo tiene en acción. Como término de todo lo que existe, vemos delante de nosotros lo que Robertson d'Edon llama "la grande esperanza." "Sin esperanza" son palabras de Byron "sin esperanza, ¿dónde estaría el porvenir? en el infierno! Inútil es decir dónde está el presente, porque la mayor parte de nosotros lo sabemos. En cuanto al pasado, ¿qué es lo que domina en nuestra memoria? Las esperanzas burladas. Ergo, en todos los negocios humanos, no hay más sino esperanza, esperanza, y siempre esperanza."

CAPÍTULO X.

LA SOCIEDAD DE LOS LIBROS.

La biografía es casi la única cosa necesaria, no solo para la conversacion habitual de los hombres, sino para todas las artes que son, ó deberían ser, la esencia concentrada de todo lo que el hombre puede decir ó representar.

CARLYLE.

A un hombre se le puede conocer generalmente por los libros que lee, como por la sociedad que frecuenta, porque estamos en sociedad con los libros como lo estamos con los hombres, y debemos buscar siempre la que sea mejor.

194

Un buen libro es un amigo verdadero: hoy es lo que fué ayer, y jamás cambia. Es el más paciente y más placentero de todos los compañeros, jamás nos vuelve la espalda en el momento de la adversidad y de la desgracia; siempre nos recibe con la misma bondad, nos divierte y nos instruye en la juventud, y nos consuela en los días de la vejez. Los hombres descubren á menudo las afinidades que tienen entre sí por la mutua preferencia que manifiestan por un libro, precisamente como dos personas estrechan sus relaciones por la admiración que una y otra experimentan por otra que es común á ambas. Hay un antiguo proverbio que dice: "Quien bien me quiere, quiere á mi perro," pero sería más propio decir: "Quien bien me quiere, quiere á mi libro." El libro es un lazo de unión más leal y más noble; y podemos pensar, sentir y simpatizar con nuestros semejantes por medio de nuestro autor favorito: vivimos juntos en él, y él en nosotros.

Los libros, —dice Hazlitt— "penetran la vida; los versos del poeta se deslizan en la sangre de nuestras venas. Los leemos cuando jóvenes, y ya viejos, nos complacemos en recordarlos. Encontramos en ellos lo que les ha sucedido á otros, y sentimos que las mismas cosas nos suceden también á nosotros mismos. Por todas partes se encuentran libros buenos y baratos. El aire que respiramos está impregnado de ellos, y debemos mucho á sus autores, porque sin ellos seríamos bárbaros."

Un buen libro es á menudo el monumento más querido después de la vida, porque encierra los mejores pensamientos que el vivo pudo concebir; toda la vida de un hombre no es en general sino el reflejo de sus pensamientos. Así es que los mejores libros son tesoros de buenas máximas y de bellos sentimientos, que, cuando los recordamos y los estimamos, vienen á ser nuestros fieles compañeros y nuestros consoladores. "Jamás están solos" —dice Felipe Sindney— "aquellos que están siempre acompañados de nobles pensamientos." Un pensamiento generoso y sincero puede, como ángel de misericordia, purificar y guardar nuestra alma en el momento de la tentación; y contiene igualmente elementos de acción, porque las buenas palabras inspiran casi siempre buenas obras.

"Un sólo libro leído y releído," —observa Michelet— "cuando uno lo ha meditado y reflexionado en él produce á veces más fruto que una gran cantidad de lecturas mal digeridas. He vivido durante muchos años leyendo á Virgilio, y nunca me ha fastidiado. Un volumen descabala de Racine, comprado de lance en una tienda de antigüallas, creó al rey de Tolon."

Si Henrique Lawrence apreciaba *El carácter del poeta* de Wordsworth, y había hecho de ella el dechado de su vida. Constantemente tenía un ejemplar de ella á la vista, y pensaba en ella sin cesar y la citaba á cada rato. Cuenta su biógrafo, que trataba de hablar á ella su propia vida y de asimilar su carácter del héroe; y lo consiguió, como lo consiguen todos los que tienen una voluntad resuelta y firme. Los libros tienen una como esencia de inmortalidad: son el producto más duradero de los esfuerzos humanos. Los templos se desploman y no dejan sino ruinas; los cuadros y las estatuas se convierten en polvo; pero los libros sobreviven. El tiempo no destruye acción alguna sobre los grandes pensamientos que ellos se conservan tan frescos hoy como cuando fueron expresados por sus autores ahora muchos

siglos. Lo que ellos dijeron y pensaron entonces nos habla tan vivamente como nunca, por medio de las páginas impresas: lo único que ha hecho el tiempo es pasarlos por la criba y deshechar todos los malos productos; porque en literatura nada que no sea realmente bueno puede sobrevivir largo tiempo. (1)

Los libros nos introducen á la mejor sociedad, y nos ponen en contacto con los más grandes espíritus que han existido. De eso modo sabemos lo que ellos han dicho y hecho; los vemos como que si estuviesen realmente vivos; simpatizamos con ellos; gozamos y sufrimos con sus goces y con sus sufrimientos; su experiencia viene á ser nuestra, y nos parece que hasta cierto punto somos actores como ellos en las escenas que describen.

Los hombres buenos é ilustres no mueren nunca, ni aun para este mundo. Sus almas están en cierto modo embalsamadas en los libros, y exhalan en torno su fragancia. El libro es una voz viva; es una inteligencia que escuchamos de buen grado, y mediante los libros, permanecemos siempre bajo la influencia de los grandes hombres del pasado:

"De esos soberanos muertos que empuñan aún el cetro y gobiernan nuestras almas desde su urua funeraria."

Los espíritus superiores que han reinado en el mundo están tan vivos como lo estaban muchos siglos atrás. Homero vive siempre, y aunque su historia personal se confunda un tanto en las brumas de la antigüedad, sus poemas están todavía tan frescos como si acabase de escribirlos; Platón enseña siempre su filosofía trascendental; Horacio, Virgilio y el Dante siguen cantando como si viviesen aún; Shakespeare no ha muerto: su cuerpo fué inhumado en 1616, pero su espíritu y su pensamiento sobreviven en Inglaterra y ocupan tanto espacio como en tiempo de los Tudores.

Hasta los más humildes, hasta los más pobres pueden frecuentar la sociedad de esos grandes genios sin que se les juzgue importunos: todos los que saben leer tienen entrada en ella. Si estais alegres, Cervantes y Revelais reirán con vosotros; si sois desgraciados, Tomas de Kempis y Jeremias Taylor llorarán con vosotros y os consolaran. En los libros y en los sentimientos de los grandes espíritus que en ellos se encuentran encerrados, es donde buscamos siempre algo que nos distraiga, que nos instruya y que nos consuele; y los requerimos así estando alegres como apesarados, tanto en la prosperidad como en la adversidad.

De cuantas cosas existen, la más interesante para el hombre, es el hombre mismo. Nada tiene para él tanto atractivo como todo lo que se refiere á la vida humana: sus pruebas, sus goces, sus sufrimientos y sus obras. Cada uno de nosotros se interesa más ó menos por sus semejantes, como miembros de una misma familia, y cuanto más se ensancha la inteligencia de un hombre, mayor es la simpatía que tiene por todo lo que se refiere al bienestar de su raza. De mil maneras se manifiesta el interés con que

(1) Emerson, en su libro sobre la sociedad y la soledad, dice: "Entre los contemporáneos no es fácil distinguir la notoriedad de la gloria. Cualquiera, pues, que no lea libros maliciosos. Equivalen á un cúmulo de producciones de la prensa y el parloteo de actualidad... Las tres reglas prácticas que puedo dar, son estas: 1.ª No leáis jamás un libro que no tenga siquiera un año de antigüedad; 2.ª No leáis sino libros que hayan adquirido ya reputación; 3.ª No leáis los que no os gusten."

Lord Lytton aconsejaba lo siguiente: "En el mundo de las ciencias, leed de preferencia los libros más nuevos; en literatura, leed los más viejos."

Se consideran los hombres individualmente, ya en los retratos que pintan, ya en los bustos que esculpen, ya, finalmente, en las narraciones que unos de otros escriben. "El hombre"—advirtió Emerson—"no puede pensar sino en el hombre, y á él es á quien trata de representarse siempre." Conócese este interés sobre todo en la fascinación que toda historia personal ejerce sobre nosotros. "La sociabilidad de la naturaleza del hombre"—observa Carlyle—"se manifiesta, por más que digan, de una manera evidente por el solo hecho que predomina sobre todos los demás el inefable encanto que encontramos en leer una biografía."

Nada hay en el mundo que inspire un interés tan vivo como la biografía. ¿Qué son todos los romances que encuentran tantos lectores, sino biografías ficticias? ¿Qué son todos esos dramas que atraen muchedumbres de espectadores, sino biografías en acción? Extraño es que genios de primer orden se hayan ocupado en escribir biografías imaginarias, al mismo tiempo que las biografías reales corren lo más á menudo escritas por talentos medianos!

Y, sin embargo, el cuadro auténtico de la vida y de las pruebas de un ser humano debería tener para nosotros un interés mucho mayor que una mera ficción, puesto que tiene el encanto de la realidad. Todos podemos instruirnos con la relación de la vida de los demás, y las mejores acciones, las menores palabras, fútiles en apariencia, no podrán sernos indiferentes, porque se refieren á criaturas semejantes á nosotros.

Son sobre todo de gran utilidad los anales de los justos, porque nos tocan el corazón, nos infunden esperanza, y nos traen á la vista grandes ejemplos. Cuando los hombres han sabido cumplir ampliamente su deber en la vida, jamás desaparece del todo su influencia. "Una buena vida"—dice Jorge Herbert—"siempre viene á tiempo."

Dice Goethe que no hay hombre tan melancólico que no pueda enseñar alguna cosa á un sabio; y sir Walter Scott jamás viajaba en una diligencia sin tratar de recoger noticias útiles, ó sin descubrir algún nuevo rasgo de carácter en sus compañeros de viaje. (2) Decía una vez el Doctor Johnson, que no veía una sola persona en la calle, cuya biografía no deseara conocer; con todas las pruebas, las dificultades, y los prósperos ó adversos lances que hubiese experimentado. Y, ¿qué no será respecto de los hombres que se han formado un nombre en la historia del mundo, y que han creado para nosotros esa gran herencia de civilización que actualmente poseemos? Todo lo que á tales hombres se refiere, sus hábitos, sus maneras, su género de vida, su historia personal, su conversación, sus máximas, sus virtudes ó sus faltas, todo eso es sobremanera interesante, y nos proporciona enseñanza, aliento y ejemplo.

La biografía es una gran lección que nos enseña

(2) Un amigo de Walter Scott, que tenía la misma costumbre, y que se jactaba de su talento para la conversación, probó un día hacer hablar á un compañero de viaje que estaba sentado cerca de él en la diligencia de una diligencia; pero muy poco consiguió y acabó por quejarse: "Amigo mío"—le dijo—"he tratado de tanto de usted los forasú; mis conjuces, la literatura, la agricultura, el comercio, el juego, la caza, las carreras, los pleitos, la política, la poesía, la filosofía y la filología; no me haría usted el honor de manifestarme su opinión sobre uno siquiera de estos asuntos?" El otro trató de sonreír y le respondió: "señor, podría usted encontrar algo espiritual que decir á propósito del *verso de las botas*?" El gran conversador, como es de suponerse, se quedó estupefacto.

hasta donde puede ser bueno el hombre y cuánto bien puede hacer. Una vida ejemplar, bien narrada, obra sobre todos los demás como una inspiración: muestra el provecho que puede sacarse de la existencia que Dios nos ha dado, refresca nuestro espíritu, alienta nuestras esperanzas, nos infunde nueva fuerza, valor y fe, se en nuestros semejantes como en nosotros mismos; estimula nuestras aspiraciones, nos incita á obrar y nos invita á hacernos colaboradores de los grandes hombres cuya vida pasamos en revista. Vivir con ellos por medio de su biografía es vivir con lo mejor que hay en la humanidad, es concurrir á la más excelente de todas las sociedades.

Al frente de todas las biografías se encuentra la gran biografía, el Libro de los Libros, el más sagrado y el más conmovedor de todos, el educador de la juventud, el guía de la edad madura y el consolador de la vejez.—¿Qué es en efecto la Biblia, sino una serie de biografías que nos representan á los grandes héroes, á los patriarcas, á los profetas, á los reyes y á los jueces del antiguo testamento, y acaba al fin con la más bella de todas las historias, con la vida de nuestro señor Jesucristo en el Nuevo Testamento? ¿Cuántos grandes ejemplos han emanado de allí para alumbrar á la humanidad! Cuántas almas no han encontrado allí su más seguro apoyo, su más alta sabiduría, su mejor alimento y sus más sanos consejos! Con sobrada verdad describe la Biblia un grande escritor católico inglés como el libro cuyas palabras "viven en el oído como una música que nunca puede olvidarse, como el sonido de las campanas de la iglesia á que el recién convertido no puede resistir. La felicidad que en ella se encuentra parece personificarse á veces, y las palabras desaparecen. Ella hace parte del espíritu nacional, y es el áncora de la gravedad nacional; en ella se encierra el recuerdo de los Santos; en sus versículos están estereotipadas las poderosas tradiciones de la infancia. La intensidad de los sufrimientos y de las pruebas del hombre, está oculta en su elocuente palabra: ella lo representa en sus mejores momentos: todo cuanto hay en él de dulce, de amable, de puro, de humilde y de bueno, lo viene de la Biblia: ella es su sagrado ideal, no oscurecido jamás por la duda, no manchado jamás por la controversia. En toda la extensión del territorio inglés no hay un sólo protestante que tenga un destello de religión, cuya biografía espiritual no esté contenida en su Biblia sujeta. (3)

(3) Coleridge, en su *Lay sermon*, demuestra como hecho histórico que la mayor parte de nuestros conocimientos y de nuestra civilización se deben directa ó indirectamente á la Biblia; que ella ha sido la principal palanca con que el carácter moral é intelectual de la Europa ha podido alcanzar la gerarquía comparativamente elevada que ocupa el día de hoy. Él explica, además la marcada diferencia que distingue á este libro de las obras que por vía de nóla se citan como hechos y como autoridades en moral, en política y en historia. En la Biblia, dice, cada personaje aparece y obra como una individualidad perfectamente independiente: cada uno vive con su propia vida, y, sin embargo, todos viven. Los elementos de necesidad y de libre albedrío se unen bajo el poder mayor de una Providencia omnipotente que predestina el todo en la libertad moral de las partes integrantes: y esto, jamás la Biblia nos lo deja perder de vista; jamás la raíz; se desprendo de la tierra: Dios está en todas partes, y todas las criaturas se someten á sus decretos, los justos, con el cumplimiento de la ley, los desobedientes, con el sufrimiento y la expiación.